

Valentín Roma
EL ENFERMERO DE LENIN

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2017
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



© Valentín Roma, 2017
© de esta edición, Editorial Periférica, 2017
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-46-5
DEPÓSITO LEGAL: CC-1 26-2017
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Mi padre enloqueció durante veintiún días en el verano de 2011, tras una operación rutinaria cuyas complicaciones siguen siendo, aún hoy, inexplicables.

A lo largo de aquellas tres semanas aseguraba ser Lenin y pedía que lo trataran como tal, llegando a exigir que su informe clínico y las medicinas que le eran suministradas llevasen escrito el nombre de Vladímir Ilich Uliánov.

Los médicos accedieron a semejante cambio identitario, aunque continuaron llamándole señor R., algo que sin duda le disgustaba. Por lo demás, su carácter apenas varió, seguía siendo el mismo hombre aguerrido y bromista que de costumbre.

Una de las últimas tardes de agosto arrancó la etiqueta que había pegado en el cabecero de la cama, donde se leía «V.I.U., ALIAS LENIN». Luego nos obligó a que guardásemos aquel papel en algún

lugar seguro, «lejos de los burócratas mencheviques». A los pocos minutos volvió a ser él mismo, nunca más volvió a ser Lenin.

TRES DE AGOSTO

Fuimos a una tienda cercana al hospital, era una nave gigantesca o laberíntica. Atravesamos dos o tres corredores dedicados al menaje del hogar, luego una zona donde había utensilios para los amantes del submarinismo, finalmente encontró la sección de escritorio y papelería, «busca carpetas que sean transparentes, así las reconoceré enseguida», dijo.

Yendo en coche hacia el pueblo pregunté por qué le gustaban tanto los bazares orientales, contestó que los chinos eran gente razonable. Hubo un silencio breve que aproveché para decir que Lenin tenía sangre mongol. Mi padre respondió que no del todo, que sus ojos rasgados procedían de los pastores calmucos, aunque su abuela materna descendía de suecos y alemanes.

Señalé, bromeando, que yo también tuve un abuelo pastor. «Quizás tengas algo que ver con

Lenin, tu nombre es ruso y empieza con la misma uve de Vladímir Ilich Uliánov.» Hubo otro silencio menos breve y le recordé su antiguo rito de enseñarnos a mi hermano y a mí la letra de *La Internacional*. Sonrió cuando evocamos el día de mi Primera Comunión, allí vestido con un traje blanco y el pelo demasiado largo, «parece una niña buena», decían las vecinas a mi madre, «¡qué lastima que no fuese una niña!», exclamaban aquellas mujeres dándole con el codo a mi padre, quien me llevó a su habitación, y cerró la puerta. Sentados los dos sobre la cama cantamos, en voz muy baja, para que nadie nos oyese, *La Internacional*.

Quise oírle rechinar los dientes o blasfemar en silencio, pero le miré y observaba el paisaje quemado por el viento, a unos campesinos que cargaban alpacas en sus tractores. «Ese pedazo de tierra estuvimos a punto de comprarlo antes de que engañasen a tu abuelo. No entres al pueblo por aquí, vamos por la carretera del cuartel, quiero que veas una cosa.»

Sabía que a mi padre le molestaba sacar conclusiones del pasado, aunque siempre andaba rememorando sus partes más cómicas o más irreverentes. Pero tal vez porque hacía mucho tiempo que no estábamos a solas o porque viéndolo en el asiento del coche, agarrado a la carpeta traslúcida, me pareció que aquella situación demandaba algo más de mí, un gesto de madurez, una señal de que su hijo mayor era ya tan mayor como para tener una historia

propia, regresé de nuevo, equivocadamente, a la letra de *La Internacional*.

Entonces confesé que durante mucho tiempo creí, o me contaron, que tararear el *Agrupémonos todos en la lucha final* podía darme suerte si en algún momento la necesitaba, y que aquel día de la Primera Comuni3n, ante el pánico de que la hostia consagrada se me pegase al paladar y tuviera que tocarla con los dedos, algo verdaderamente prohibido y ridículo, canté para adentro la marcha de los trabajadores de la tierra, mientras el cura interpretaba ciertos pasajes bíblicos demasiado rimbombantes.

Un conejo se cruzó delante del coche, frené y miré a mi padre, que en cualquier otro momento hubiese gritado «¡ACELERA!». Le vi retorciéndose de dolor, con el expediente médico apretándose la barriga. «Da la vuelta y vamos al hospital», farfulló, «¡ACELERA, DATE PRISA!»